

N.º 1

**est**éticas

É T I C A   Y   E S T É T I C A

---

octubre - diciembre, 2017



N.º 1

# estéticas

É T I C A   Y   E S T É T I C A

---

octubre - diciembre, 2017



UNIVERSIDAD  
CENTRAL  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES,  
HUMANIDADES Y ARTE

octubre - diciembre, 2017

ISSN: 2590-5848

UNIVERSIDAD  
CENTRAL**Comité Editorial de la Facultad de  
Ciencias Sociales, Humanidades y Arte**

Nina Alejandra Cabra Ayala  
César Báez Quintero  
Manuel Roberto Escobar  
Nancy Malaver Cruz  
Claudia Carrión  
Héctor Sanabria Rivera  
Ruth Nélide Pinilla  
Yairsiño Oviedo Correa

- © Fotografías: Fernando Cuevas Ulitzsch
- © Varios autores
- © Ediciones Universidad Central  
Calle 21 n.º 5-84 (4.º piso).  
Bogotá, D. C., Colombia  
PBX: 323 98 68, ext. 1556  
editorial@ucentral.edu.co

Los textos de Sábato fueron originalmente publicados en el libro *La resistencia*, editado por Seix Barral, Buenos Aires, 2000. Los fragmentos aquí publicados se reproducen con autorización expresa de Editorial Planeta, Seix Barral, sin ánimo comercial y con fines exclusivamente académicos.

estéticas

Dirección: Nina Alejandra Cabra Ayala  
(Decana FCSHA)

Editor: Yairsiño Oviedo Correa  
(Coordinador académico de la FCSHA)

**Comité científico:**

Alejandro Rodríguez  
Fernando Cuevas  
Nancy Malaver Cruz  
Jorge Palomino  
David Fernando García

**Preparación editorial****Coordinación Editorial**

**Dirección:** Héctor Sanabria Rivera

**Coordinación editorial:** Jorge Enrique Beltrán

**Diseño y diagramación:** Patricia Salinas Garzón

**Preparación de textos:** Yairsiño Oviedo Correa

**Concepto original de cubierta:** Laura Tatiana  
Fernández (Departamento de Publicidad).

Impreso en Colombia • *Printed in Colombia*

Prohibida la reproducción o transformación total o parcial de este material por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

## | Contenido

---

Presentación: colección <i>estéticas</i> .....	7
Yairsiño Oviedo Correa	
Prólogo .....	11
David García González	
Reality shows: serie fotográfica.....	21
Fernando Cuevas Ulitzch	
<b>La resistencia (fragmentos escogidos)</b>	
Ernesto Sábato	
Tercera carta	
Entre el bien y el mal .....	33
Cuarta carta	
Los valores de la comunidad.....	51



## | Presentación: colección *estÉticas*

---

(fragmentos de ética y estética)

**L**a ética y la estética, dos temas íntimamente relacionados desde tiempos inmemoriales, desde que el ser humano se plantea el problema del *habitar* (término que significa vivir y morar, y del que también procede la palabra *hábito*). ¿En dónde habitar? ¿Cómo representarnos nuestra habitación? ¿Cómo cohabitar con otros? ¿Existe un hábito en común? Tales son las preguntas que nos planteamos aun hoy en día y que motivan la continua reflexión en las ciencias sociales, las artes y, por supuesto, las humanidades. En el ámbito universitario, además de ser objetos de estudio de disciplinas específicas, la ética y la estética son los ejes para el diseño y construcción de una comunidad académica que contribuya a la formación de ciudadanos responsables con su entorno humano y no-humano. Las personas que tienen la posibilidad de vivir parte de sus vidas en *la academia*, deben poder asumir la tarea constante de pensar y repensar su lugar en el

mundo, los límites cambiantes de este, la apertura de otros mundos imaginables y el encuentro de ellos.

Es por esto que la Facultad de Ciencias Sociales, Humanidades y Arte de la Universidad Central busca, a través del presente medio, propiciar la reflexión y el debate académico entre los miembros de su comunidad sobre todos aquellos aspectos que surgen en las relaciones humanas y que definen nuestra manera de entender y percibir la igualdad, la libertad y la solidaridad, los tres pilares de nuestra actual *coexistencia*. *estéticas* es una colección de fragmentos de escritos que presentan, discuten y exploran, de manera magistral, los entramados de esta coexistencia, con el fin de comprender, afianzar, cuestionar, trascender o vislumbrar las formas de nuestra vida inter- e intramundana. Así pues, cada número de esta colección circulará gratuita y ampliamente entre los estudiantes y profesores de la Facultad, de modo que se incentive el debate y la apropiación de los conceptos necesarios para el diálogo académico y la transformación de las prácticas culturales negativas que aún persisten, debido a los comportamientos irreflexivos y acríticos.

La colección cuenta con un comité científico y editorial que seleccionan cuidadosamente, con un enfoque pedagógico, el fragmento de cada número. Este lo propone un docente que, a manera de prólogo, brinda una guía de lectura, y escoge la



imagen (o imágenes) que acompañará el texto de la edición, para propiciar el diálogo intertextual. De esta manera, además de contar con un material coleccionable, los lectores tendrán una herramienta para dinamizar sus espacios formativos y alentar futuras lecturas, propuestas gráficas e investigaciones.

El carácter estrictamente académico de esta iniciativa la eleva sobre cualquier interés pecuniario, pues el lector (y la comunidad académica) no obtendrá más ganancia que la que resulta de la libre circulación de las ideas, la lectura atenta, el diálogo y la construcción de conocimiento en y fuera del aula de clases. Esperamos que esta publicación sea del agrado de todos y que sea la oportunidad para encontrarse o reencontrarse con esos autores que, de una u otra forma, pueden ser considerados como *maestros*: esos exploradores que nos muestran sus trayectos y puntos de fuga desde los cuales abrir nuevos caminos.

Yairsiño Oviedo Correa  
**Coordinador académico**  
Facultad de Ciencias Sociales, Humanidades y Arte  
Universidad Central



# | Prólogo

---

David García González  
Profesor del Departamento de Publicidad

## El arte de resistir

No fue fácil decidir cuál debía ser el primer texto de esta colección de *estéticas*. Y no lo fue, en buena medida, porque eran demasiadas variables las que había que contemplar: ¿debía ser un “clásico” o una novedad editorial?, ¿había que inclinarse por una pieza de ficción, un relato testimonial o un texto ensayístico?, ¿debía primar la estética sobre la ética, o a la inversa? En fin, incluso se discutió la importancia del lugar de origen del autor y el idioma original del texto. Como era de esperarse, se barajaron varios nombres de autores y se propusieron textos de naturaleza muy diversa, algunos de los cuales, con toda probabilidad, harán parte de esta colección más adelante. Al final, sin embargo, la decisión fue unánime: Ernesto Sábato y unos fragmentos de *La resistencia*.

### ¿Por qué *Sábato*?

Hay personajes que uno debería conocer siendo joven. Sé que esta puede parecer una afirmación muy romántica y hasta determinista, y también sé que no hay consenso sobre qué significa ser joven, ni sobre cuándo se empieza o se deja de serlo. Al margen de cualquier teoría o imaginario romántico, es evidente –al menos según mi propia experiencia vital y la de muchos otros– que la juventud es un momento de intensas búsquedas éticas y estéticas que marcarán de manera indeleble nuestro juicio sobre lo bueno y lo bello. Por eso afirmo que es un momento ideal para *encontrarse* con ciertos músicos, escritores o intelectuales, cierto tipo de personajes sensibles que han sabido plantear preguntas de fondo, y cuyas obras, antes que proponer verdades absolutas, se ofrecen como acompañantes y cómplices en nuestras propias búsquedas de sentido. Sin duda, uno de esos personajes es el escritor argentino Ernesto Sábato. No quiero ser malinterpretado, no estoy diciendo que Sábato sea un escritor “para jóvenes” y que, en consecuencia, sus palabras pierdan peso y contundencia con el paso del tiempo. Quiero decir, en cambio, que su propia búsqueda fue tan esencial y tan visceral que hay que tener una cierta disposición mental y espiritual para entenderla. Para decirlo más claramente: creo que hay que ser valiente para leer y entender a Ernesto Sábato. Y nadie es

más valiente que un joven, al menos eso es lo que creía el propio Sábato, y no se cansó de repetirlo en sus pocas novelas y sus muchos ensayos. No sorprende entonces el que muchos jóvenes le escribieran cartas extensas y sentidas, o que montaran guardia frente a su casa de Santos Lugares (a unas dos horas del centro de Buenos Aires), esperando verlo y, por qué no, tener la oportunidad de conversar con él sobre su obra, en donde encontraban pistas que no hallaban en otros lugares.

“Ayer recibí la carta de un muchacho en la que me dice ‘tengo miedo del mundo’”, cuenta Sábato en un pasaje de *La resistencia*, y continúa: “Cuando me senté a contestar la carta del muchacho, advertí que yo de joven escribía cada vez que era infeliz, que me sentía solo o desajustado con el mundo en que me había tocado nacer. Y pienso si no será siempre así, que el arte nazca invariablemente de nuestro desajuste, de nuestra ansiedad y de nuestro descontento” (2000, p. 107). Acaso por eso los jóvenes buscaban (y buscan aún) a Ernesto Sábato: porque intuían en él un igual y un ser humano valiente. En efecto, Sábato fue valiente de muchas formas. Para empezar, no cualquiera deja de lado una prometedora carrera como científico a cambio de una incierta, pero urgente, vocación literaria y artística.

Vale la pena recordar que, después de estudiar Física en Argentina y siendo aún muy joven, Ernesto Sábato viajó a París para vin-

cularse al reconocido laboratorio Curie (ni más ni menos). Aunque allí se destacó rápidamente, la experiencia más determinante para él tendría lugar fuera de los laboratorios, en los míticos bares parisinos, donde se encontró con André Breton y el surrealismo en plena efervescencia, es decir, con uno de los movimientos artísticos más radicales y vanguardistas de su tiempo. Como una suerte de Fausto del siglo xx, Sábato llevaba una vida escindida. En sus propias palabras: “Por la mañana me sepultaba entre electrómetros y probetas, y anocheceía en los bares, con los delirantes surrealistas (...). Mi espíritu se encontraba azorado entre la forma más extrema del racionalismo, que son las matemáticas, y la más dramática y violenta forma de la irracionalidad” (1998, pp. 66-67). Es cierto que al final el pulso entre el arte y la ciencia lo ganó el primero, pero debió pagar un precio muy alto, pues también es sabido que Sábato fue un hombre apesadumbrado y propenso a fuertes depresiones. Aún así, no se desdijo ni se arrepintió, todo lo contrario: “Cuántas veces les he aconsejado a quienes acuden a mí, en su angustia y en su desaliento, que se vuelquen al arte y se dejen tomar por las fuerzas invisibles que operan en nosotros” (2000, p. 113).

Creo que en este punto ya puedo afirmar, sin que parezca una exageración, que pocos escritores han logrado mostrar en su

obra –y encarnar en su propia vida– las profundas conexiones entre ética y estética, como lo hizo Ernesto Sábato. Pero, si acaso hiciera falta, se me ocurre otra prueba de su excepcionalidad y compromiso ético: “El informe Sábato”. A mediados de la década de 1980, los horrores de la dictadura militar estaban latentes en la memoria y la vida cotidiana de muchos argentinos que seguían sin conocer el paradero de cientos de familiares y amigos. En un acto del que tal vez podamos aprender mucho ahora que se habla de memoria histórica y de no repetición, la sociedad argentina decidió que, para poder seguir adelante, había que dar cara y tratar de establecer algunas verdades, por duras e incómodas que fueran. Era claro que no cualquiera podría liderar este proceso, no sólo por lo que estaba en juego, sino por el aguante físico y espiritual que exigía. En un acto inédito, se nombró a Ernesto Sábato (¡un pensador y un artista!) como presidente de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (Conadep). Durante meses, Sábato dejó de lado la literatura y sus búsquedas más personales, y se dedicó de lleno a conocer testimonios y tratar de dar sentido a lo ocurrido. Al final, un Sábato cansado y mancillado por el horror, entregó un informe de miles de páginas (literalmente); un informe que para muchos fue liberador, pero para su autor fue desgarrador.

“He estado en el infierno”, dijo tras entregar, en 1984, *Nunca más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*, mejor conocido como “El informe Sábato”.

¿Por qué una persona decide echarse a la espalda semejante peso histórico? El propio Sábato respondió a este interrogante en sus memorias, tituladas *Antes del fin*: “He sido siempre una especie de francotirador solitario, perteneciente a esa clase de escritores de quienes señaló Camus: ‘Uno no puede ponerse del lado de quienes hacen la historia, sino al servicio de quienes la padecen’. El escritor debe ser un testigo insobornable de su tiempo, con coraje para decir la verdad, y levantarse contra todo oficialismo que, engeguado por sus intereses, pierde de vista la sacralidad de la persona humana” (1998, p. 63). Esta condición de “francotirador solitario” o de “testigo insobornable de su tiempo” es una de las razones por las cuales decidimos iniciar esta colección con un fragmento de *La resistencia*, un título que en sí mismo es elocuente.

*¿Por qué La resistencia?*

Ernesto Sábato fue un escritor singular en varios sentidos, y parte de su singularidad radica en que escribió mucho pero publicó poco. En efecto, apenas publicó tres novelas: *El túnel* (1948), *Sobre héroes y tumbas* (1961) y *Abbadon el extermi-*



nador (1974). Como es sabido que en el arte calidad no tiene que ver con cantidad, hablamos de tres piezas notables de la literatura latinoamericana; tres obras cuyas historias y personajes han marcado varias generaciones de lectores en todo el continente hasta el punto de convertirse en una suerte de ritual iniciático, en especial las dos primeras. Ahora bien, las novelas las escribía con el alma; los ensayos, con la mente, reconoció Sábato en sus memorias, y al poseer una mente particularmente aguda y sensible, dedicó buena parte de su ejercicio literario a la escritura de ensayos muy personales y reflexivos.

Justamente *La resistencia* (2000) es uno de sus últimos ensayos, y aunque comparte el estilo poético y las metáforas claras y contundentes que caracterizan otros de sus trabajos, como *Hombres y engranajes* (1951) o *Apologías y rechazos* (1979), en *La resistencia* hace uso de un recurso estilístico interesante: cada ensayo es, en realidad, una carta. Los fragmentos que acá les presentamos corresponden a la tercera y cuarta carta, tituladas, respectivamente, “Entre el bien y el mal” y “Los valores de la comunidad”. Surge entonces un interrogante: ¿para quién escribe Ernesto Sábato?, ¿a quién dirige estas cartas? Aunque por supuesto nos interpela a todos a un nivel muy profundo, hay que reconocer que escribe, sobre todo, para los jóvenes. Por este tipo de gestos algunos escépticos tildaron en su día a

Sábato de pensador crédulo y hasta ingenuo, un hombre viejo que no supo ver lo que para otros es una verdad grabada en piedra: que los jóvenes de hoy están naufragando en un mar de frivolidad, atrapados en redes sociales e hipnotizados por los *flashes* de sus dispositivos.

En realidad este es otro de los rasgos distintivos de Ernesto Sábato. Al menos en obras como *La resistencia*, Sábato no es un intelectual (otro más) apocalíptico y pesimista, que a la mínima oportunidad se queja de la decadencia de las sociedades contemporáneas y sus instituciones. Por supuesto es consciente de la crisis material y espiritual en que está sumido el mundo, así como del individualismo, la corrupción o la deshumanización sin precedentes que vivimos actualmente<sup>1</sup>, pero lejos de asumir un tono de reproche y de instalarse en el lugar común del “todo tiempo pasado fue mejor” –que a estas alturas resulta tan anti-pático para muchos jóvenes–, Sábato hace un llamado fuerte y claro: es preciso resistir.

Hoy en día muchas personas mayores de 40 años se cuidan de usar la palabra *resistencia*, y cuando la emplean lo hacen entre comillas y hasta con un cierto tono irónico. Pero todavía las

---

1 (N.E.) Este primer número presenta las fotografías de la serie “Reality shows”, las cuales conducen a plantear la pregunta, que Sábato sugiere implícitamente: ¿por qué y para qué ser éticos?

preguntas que se formularon en las décadas de los sesenta y noventa del siglo pasado siguen vigentes: ¿resistir qué y cómo? Acaso la definición más convencional del verbo *resistir* sea esta que encontré en la aplicación de la RAE para móviles: “Oponerse con fuerza a algo”. La simpleza y contundencia de esta frase recuerdan inmediatamente a Sábato, para quien resistir, al menos hoy, es oponerse con fuerza al individualismo a ultranza y a la indiferencia generalizada. Resistir es no resignarse a que unos mínimos éticos y morales sigan prevaleciendo en toda interacción humana. “Resignarse es una cobardía, es el sentimiento que justifica el abandono de aquello por lo cual vale la pena luchar” (2000, p. 142), sentencia en el epílogo de *La resistencia*.

Para terminar, y por si aún no los he persuadido de leer y conocer la obra de Ernesto Sábato, déjenme darles una última razón para entrar a dialogar con el texto que les presentamos a continuación. Sábato murió el 30 de abril de 2011, a la edad de 99 años (apenas dos meses lo separaron de ser centenario). Es decir que estaba cerca de los 90 años cuando escribió *La resistencia*. Les aseguro que después de leer estas cartas estarán de acuerdo conmigo en que no son, en modo alguno, las palabras de un hombre viejo y acabado que solo espera la muerte. Esta que les presentamos es la obra de un ser humano esperanzado

y comprometido, un hombre que después de casi 100 años murió convencido de que la salvación está en la utopía y de que resistir es un arte.

## Obras citadas

Sábato, Ernesto. 1998. *Antes del fin*. Seix Barral, Buenos Aires.

Sábato, Ernesto. 2000. *La resistencia*. Seix Barral, Bogotá.

# REALITY SHOWS

Serie fotográfica por

Fernando Cuevas Ulitzsch

La contemplación de las cosas tal como ellas son,  
sin substituciones o imposturas,  
sin errores o confusión,  
es en sí misma un asunto más noble  
que toda una cosecha de invenciones.

FRANCIS BACON (citado por Dorothea Lange)

*The contemplation of things as they are,  
without substitution or imposture,  
without error or confusion,  
is in itself a nobler thing  
than a whole harvest of invention.*

FRANCIS BACON (quoted by Dorothea Lange)



*Destino (barrio París, Medellín, 1998)*

*Dureza (Altos de Cazucá, Bogotá, 1998)*





Cerveza y tristeza (Distrito de Aguablanca, Cali, 1998)



*Futuro (Siloé, Cali, 1998)*





*Aguadora (invasión El Esfuerzo, Medellín, 1998)*

Casa, carro, miedo (invasión El Esfuerzo, Medellín, 1998)





*Peliquería mixta (invasión El Esfuerzo, Medellín, 1998)*

*El callejón de los milagros (invasión El Esfuerzo, Medellín, 1998)*





*Naturaleza viva (distrito de Aguablanca, Cali, 1998)*

# La resistencia

(fragmentos escogidos)

Ernesto Sábato

## I Ernesto Sábato

Nacido el 24 de junio de 1911 en Rojas (Argentina), desde muy joven este escritor, pintor y ensayista se interesó por comprender la condición propia del ser humano, lo que lo llevó a plantear los problemas culturales del siglo xx y la civilización occidental. Sus obras narrativas le merecieron ser galardonado con el Premio Miguel de Cervantes en el año 1984, el segundo argentino, después de Jorge Luis Borges en 1979. Falleció el 30 de abril de 2011 en Santos Lugares (Argentina).

Como muchos grandes personajes, Sábato se distanció de su campo profesional, las ciencias físicas y matemáticas, pues el destino tenía algo mejor (más interesante, más humano) para él: al acercarse a la corriente surrealista, conoció algunos escritores y artistas que le llevaron a descubrir su visión existencialista, la cual desarrolló y difundió en sus escritos. Sus pensamientos y sus sentimientos han influenciado a muchos jóvenes, quienes, según él, son la única esperanza para el planeta.

Camilo Andrés Puerto  
Estudiante de Comunicación Social y  
Periodismo



## *Tercera carta*

# Entre el bien y el mal

---

Lo humano del hombre es  
desvivirse por el otro hombre.

E. LEVINAS

**E**sta mañana di por seguro que venía la sudestada, y me equivoqué. La tormenta se mantuvo en suspenso, estática. Los grises se fueron atenuando y a la tardecita ya ningún rasgo plumizo se distinguía en el cielo. Este simple e inofensivo error me llevó, imperceptiblemente, a las grandes equivocaciones que uno comete en la vida. Y de ahí, a través de un vasto territorio de sueños y recuerdos, mi alma quedó al borde de la imagen de mi madre aquella tarde, cuando la fui a visitar a La Plata y la encontré de espaldas, sentada a la gran mesa solitaria del comedor mirando a la nada, es decir, a sus memorias, en la oscuridad de las persianas cerradas, en la sola compañía del tictac del viejo reloj de pared. Rememorando, seguramente, aquel tiempo feliz en que todos estábamos

alrededor de la enorme mesa Chippendale, y los grandes aparadores y trinchantes de otro tiempo, con el padre en una cabecera y ella en la otra; cuando mi hermano Pepe repetía sus cuentos, las inocentes mentiras de aquel folklore familiar.

A mi madre se le habían empañado los ojos al verme y algo me había repetido de aquello de que la vida es un sueño. Yo la había mirado en silencio. Qué le podía atenuar, ella estaría viendo hacia atrás noventa años de fantasmagorías. Después, como a pequeños sorbos, me fue contando historias de Rojas y de su familia albanesa hasta que fue hora de irse. ¿Había que irse? Los ojos de mi madre volvieron a nublarse. Pero ella era estoica, descendía de una familia de guerreros, aunque no lo quisiera, aunque lo negase.

Todavía la recuerdo en la puerta, saludando levemente con su mano derecha, de manera no demasiado fuerte, no fuera a creer, esas cosas. En la calle 3 los árboles habían empezado a imponer su callado enigma del atardecer. Todavía volvió una vez más la cabeza. Con su mano, tímidamente, ella repitió la seña. Luego quedó sola.

Tan enardecidas fueron mis búsquedas que entonces no supe reconocer que era ésa la última vez que vería a mi madre sana, de pie, y que ese dolor perduraría para siem-

pre, como hasta esta misma noche que entre lágrimas la recuerdo.

Entre lo que deseamos vivir y el intrascendente ajeteo en que sucede la mayor parte de la vida, se abre una cuña en el alma que separa al hombre de la felicidad como al exiliado de su tierra. Porque entonces, mientras mi madre quedaba detenida allí, inmóvil, no pudiendo retener a su hijo, no queriéndolo hacer, yo, sordo a la pequeñez de su reclamo, corría ya tras mis afiebradas utopías, creyendo que al hacerlo cumplía con mi vocación más profunda. Y aunque ni la ciencia, ni el surrealismo, ni mi compromiso con el movimiento revolucionario hayan saciado mi angustiosa sed de absoluto, reivindico el haber vivido entregado a lo que me apasionó. En ese tránsito, impuro y contradictorio como son los atributos del movimiento humano, me salvó un sentido intuitivo de la vida y una decisión desenfundada ante lo que creía verdadero. La existencia, como al personaje de *La náusea*, se me aparecía como un insensato, gigantesco y gelatinoso laberinto; y como él, sentí la ansiedad de un orden puro, de una estructura de acero pulido, nítido y fuerte. Cuanto más me acosaban las tinieblas del mundo nocturno, más me aferraba al universo platónico, porque cuanto más grande es el tumulto interior,

más nos sentimos inclinados a cerrarnos en algún orden. Y así, nuestras búsquedas, nuestros proyectos o trabajos nos quitan de ver los rostros que luego se nos aparecen como los verdaderos mensajeros de aquello mismo que buscábamos, siendo a la vez, ellos, las personas a quienes nosotros debíamos haber acompañado o protegido.

¡Qué poco tiempo le dedicamos a los viejos! Ahora que yo también lo soy, cuántas veces en la soledad de las horas que inevitablemente acompañan a la vejez, recuerdo con dolor aquel último gesto de su mano y observo con tristeza el desamparo que traen los años, el abandono que los hombres de nuestro tiempo hacen de las personas mayores, de los padres, de los abuelos, esas personas a quienes les debemos la vida. Nuestra “avanzada” sociedad deja de lado a quienes no producen. ¡Dios mío!, ¡dejados a su soledad y a sus cavilaciones!, ¡cuánto de respeto y de gratitud hemos perdido! ¡Qué devastación han traído los tiempos sobre la vida, qué abismos se han abierto con los años, cuántas ilusiones han sido agostadas por el frío y las tormentas, por los desengaños y las muertes de tantos proyectos y seres que queríamos!

Yo había intentado un ascenso, un refugio de alta montaña cada vez que había sentido dolor, porque esa montaña

era invulnerable; cada vez que la basura ya era insoporable, porque esa montaña era límpida; cada vez que la fugacidad del tiempo me atormentaba, porque en aquella altura reinaba la eternidad. Pero el rumor de los hombres había terminado siempre por alcanzarme, se colaba por los intersticios y subía desde mi propio interior. Porque el mundo no sólo está afuera sino en lo más recóndito de nuestro corazón. Y tarde o temprano aquella alta montaña incorruptible concluye pareciéndonos un triste simulacro, una huida, porque el mundo del que somos responsables es éste de aquí: el único que nos hiera con el dolor y la desdicha, pero también el único que nos da la plenitud de la existencia, esta sangre, este fuego, este amor, esta espera de la muerte. El único que nos ofrece un jardín en el crepúsculo, el roce de la mano que amamos.

Mientras les escribo, vuelve la imagen de mi madre a quien dejé tan sola en sus últimos años. Hace tiempo escribí que la vida se hace en borrador, lo que indudablemente le da su trascendencia pero nos impide, dolorosamente, reparar nuestras equivocaciones y abandonos. Nada de lo que fue vuelve a ser, y las cosas y los hombres y los niños no son lo que fueron un día. ¡Qué horror y qué tristeza, la mirada del niño que perdimos!

¡Mira! Las palabras inocentes me han  
rejuvenecido al fin  
y como en otro tiempo las lágrimas brotan  
de mis ojos.  
Y recuerdo los días hace mucho pasados  
y la tierra nativa vuelve a alegrar de nuevo  
mi alma solitaria  
y la casa donde crecí un día con tus  
bendiciones,  
donde, alimentado con amor, muy pronto  
creció el niño.  
Ah, cuántas veces pensé que yo te  
reconfortaría  
Cuando a mí mismo me veía obrar a lo  
lejos sobre el vasto mundo.  
Mucho intenté y soñé, y me he llagado el  
pecho  
a fuerza de luchar, pero haréis que yo sane  
¡queridos míos! Y aprenderé a vivir como  
tú, Madre, mucho tiempo;  
es piadosa y tranquila la vejez.  
Vendré a ti: bendice ahora a tu nieto una  
vez más,  
Que, así, el hombre mantenga lo que de  
niño prometió.

En la desesperación de ver el mundo he querido detener el tiempo de la niñez. Sí, al verlos amontonados en alguna esquina, en esas conversaciones herméticas que para los grandes no tienen ninguna importancia, he sentido necesidad de paralizar el curso del tiempo. Dejar a esos niños para siempre ahí, en esa vereda, en ese universo hechizado. No permitir que las suciedades del mundo adulto los lastimen, los quiebren. La idea es terrible, sería como matar la vida, pero muchas veces me he preguntado en cuánto contribuye la educación a adular el alma de los niños. Es verdad que la naturaleza humana va transformando los rasgos, las emociones, la personalidad. Pero es la cultura la que le da forma a la mirada que ellos van teniendo del mundo.

Es urgente encarar una educación diferente, enseñar que vivimos en una tierra que debemos cuidar, que dependemos del agua, del aire, de los árboles, de los pájaros y de todos los seres vivos, y que cualquier daño que hagamos a este universo grandioso perjudicará la vida futura y puede llegar a destruirla. ¡Lo que podría ser la enseñanza si en lugar de inyectar una cantidad de informaciones que nunca nadie ha retenido, se la vinculara con la lucha de

las especies, con la urgente necesidad de cuidar los mares y los océanos!

Hay que advertirles a los chicos del peligro planetario y de las atrocidades que las guerras han provocado en los pueblos. Es importante que se sientan parte de una historia a través de la cual los seres humanos han hecho grandes esfuerzos y también han cometido tremendos errores. La búsqueda de una vida más humana debe comenzar por la educación. Por eso es grave que los niños pasen horas atontados delante de la televisión, asimilando todo tipo de violencias; o dedicados a esos juegos que premian la destrucción. El niño puede aprender a valorar lo que es bueno y no caer en lo que le es inducido por el ambiente y los medios de comunicación. No podemos seguir leyéndole a los niños cuentos de gallinas y pollitos cuando tenemos a esas aves sometidas al peor suplicio. No podemos engañarlos en lo que refiere a la irracionalidad del consumo, a la injusticia social, a la miseria evitable, y a la violencia que existe en las ciudades y entre las diferentes culturas. Con poco que se les explique, los niños comprenderán que se vive un grave pecado de despilfarro en el mundo.

Gandhi llama a la formación espiritual, la educación del corazón, el despertar del alma, y es crucial que compren-



damos que la primera huella que la escuela y la televisión imprimen en el alma del chico es la competencia, la victoria sobre sus compañeros, y el más enfático individualismo, ser el primero, el ganador. Creo que la educación que damos a los hijos procrea el mal porque lo enseña como bien: la piedra angular de nuestra educación se asienta sobre el individualismo y la competencia. Genera una gran confusión enseñarles cristianismo y competencia, individualismo y bien común, y darles largas peroratas sobre la solidaridad que se contradicen con la desenfundada búsqueda del éxito individual para la cual se los prepara. Necesitamos escuelas que favorezcan el equilibrio entre la iniciativa individual y el trabajo en equipo, que condenen el feroz individualismo que parece ser la preparación para el sombrío Leviatán de Hobbes cuando dice que el hombre es el lobo del hombre.

Tenemos que reaprender lo que es gozar. Estamos tan desorientados que creemos que gozar es ir de compras. Un lujo verdadero es un encuentro humano, un momento de silencio ante la creación, el gozo de una obra de arte o de un trabajo bien hecho. Gozos verdaderos son aquellos que embargan el alma de gratitud y nos predisponen al amor. La sabiduría que los muchos años me han traído y la cer-

canía a la muerte me enseñaron a reconocer la mayor de las alegrías en la vida que nos inunda, aunque aquella no es posible si la humanidad soporta sufrimientos atroces y pasa hambre.

La educación no está independizada del poder, y por lo tanto, encauza su tarea hacia la formación de gente adecuada a las demandas del sistema. Esto es en un sentido inevitable, porque de lo contrario formaría a magníficos “desocupados”, magníficos hombres y mujeres “excluidos” del mundo del trabajo. Pero si esto no se contrabalancea con una educación que muestre lo que está pasando y, a la vez, promueva al desarrollo de las facultades que están deteriorándose, lo perdido será el ser humano. Y sólo habrá privilegiados que puedan a la vez comer, tener una casa y un mínimo de posibilidades económicas, y ser personas espiritualmente cultivadas y valiosas. Va a ser difícil encontrar la manera que permita a los hombres acceder a buenos trabajos y a una vida que cuente con la posibilidad de crear o realizar actividades propias del espíritu.

La historia es novedosa. El hombre, enceguecido por el presente, casi nunca prevé lo que va a suceder. Si atina a ver un futuro diferente lo hace como agravamiento de la situación actual o como el surgimiento de lo contrario,

cuando los cambios suelen venir por hechos irreconocibles en su momento, o, al menos, no valorados en su dimensión. Hoy, ante la cercanía del momento supremo, intuyo que un nuevo tiempo espiritualmente muy rico está a las puertas de la humanidad, si comprendemos que cada uno de nosotros posee más poder sobre el mal en el mundo de lo que creemos. Y tomamos una decisión.

Lentamente iba naciendo un nuevo día en la ciudad de Buenos Aires, un día como otro cualquiera de los innumerables que han nacido desde que el hombre es hombre. Desde la ventana, Martín vio a un chico que corría con los diarios de la mañana, tal vez para calentarse, tal vez porque en ese trabajo hay que moverse. Un perro vagabundo, no muy diferente del Bonito, revolvió un tacho de basura. Una muchacha como Hortensia iba a su trabajo.

¿Cómo había dicho Bruno una vez? La guerra podía ser absurda o equivocada, pero el pelotón al que uno pertenecía era algo absoluto.

Estaba D'Arcángelo, por ejemplo. Estaba la misma Hortensia.

Un perro basta.

El hombre, el alma del hombre, está suspendida entre el anhelo del Bien, esa nostalgia eterna de amor que llevamos, y la inclinación al Mal, que nos seduce y nos posee, muchas veces sin que ni siquiera nosotros hayamos comprendido el sufrimiento que nuestros actos pudieron haber provocado en los demás. El poder del mal en el mundo me llevó a sostener durante años un tipo de maniqueísmo: si Dios existe y es infinitamente bondadoso y omnipotente, está encadenado, porque no se lo percibe; en cambio, el mal es de una evidencia que no necesita demostración. Bastan algunos ejemplos: Hitler, las torturas que se cometieron en América Latina. Son esos momentos en que una y otra vez me repito ¡cuánto mejores son los animales! Sin embargo, qué grandiosa y conmovedora es la presencia de la bondad en medio de la ferocidad y la violencia.

La bondad y la maldad nos resultan inabarcables, porque suceden en nuestro propio corazón. Son, indudablemente, el gran misterio. Esta trágica dualidad se refleja sobre la cara del hombre donde, lenta pero inexorablemente, dejan

su huella los sentimientos y las pasiones, los afectos y los rencores, la fe, la ilusión y los desencantos, las muertes que hemos vivido o sentido, los otoños que nos entristecieron o desalentaron, los amores que nos han hechizado, los fantasmas que, en sus sueños o en sus ficciones, nos visitan o acosan. En los ojos que lloran por dolor, o se cierran por el sueño pero también por el pudor o la astucia, en los labios que se aprietan por empecinamiento pero también por crueldad, en las cejas que se contraen por inquietud o extrañeza o que se levantan en la interrogación y la duda, en fin, en las venas que se hinchan por rabia o sensualidad, se va delineando la móvil geografía que el alma termina por construir sobre la sutil y maleable piel del rostro. Revelándose así, según la fatalidad que le es propia, a través de esa materia que a la vez es su prisión y su gran posibilidad de existencia.

El arte fue el puerto definitivo donde colmé mi ansia de nave sedienta y a la deriva. Lo hizo cuando la tristeza y el pesimismo habían ya roído de tal modo mi espíritu que, como un estigma, quedaron para siempre enhebrados a la trama de mi existencia. Pero debo reconocer que fue precisamente el desencuentro, la ambigüedad, esta

melancolía frente a lo efímero y precario, el origen de la literatura en mi vida.

En los tratados, el escritor debe ser coherente y unívoco y por eso el ser humano se le escapa de las manos. En la novela, el personaje es ambiguo como en la vida real, y la realidad que aparece en una gran obra de ficción es realmente representativa. ¿Cuál es la Rusia verdadera? ¿La del piadoso, sufriente y comprensivo Aliosha Karamazov? ¿O la del canalla de Svidrigailov? Ni la una ni la otra. O, mejor dicho, la una y la otra. El novelista es todos y cada uno de sus personajes, con el total de las contradicciones que esa multitud presenta. Es a la vez, o en diferentes momentos de su existencia, piadoso y despiadado, generoso y mezquino, austero y libidinoso. Y cuanto más complejo es un individuo, más contradictorio es. Lo mismo ocurre con los pueblos.

No es una casualidad que el desarrollo de la novela coincida con el desarrollo de los tiempos modernos. ¿Dónde se iban a refugiar las Furias? Cuando una cultura las reprime, explotan y su daño es mucho mayor. Se habla mucho del Hombre Nuevo, con mayúsculas. Pero no vamos a crear a ese hombre si no lo reintegramos. Está desintegrado por esta civilización racionalista y mecánica de plásticos y

computadoras. En las grandes culturas, como en las obras de arte, las fuerzas oscuras son atendidas, por más que nos avergüencen o nos den asco.

“Persona” quiere decir máscara, y cada uno de nosotros tiene muchas. ¿Hay realmente una verdadera que pueda expresar la compleja, ambigua y contradictoria condición humana?

Me acuerdo de algo que había dicho Bruno: siempre es terrible ver a un hombre que se cree absoluta y seguramente solo, pues hay en él algo trágico, quizá hasta de sagrado, y a la vez de horrendo y vergonzoso. Siempre, decía Bruno, llevamos una máscara, que nunca es la misma sino que cambia para cada uno de los lugares que tenemos asignados en la vida: la del profesor, la del amante, la del intelectual, la del héroe, la del hermano cariñoso. Pero ¿qué máscara nos ponemos o qué máscara nos queda cuando estamos en soledad, cuando creemos que nadie, nadie, nos observa, nos controla, nos escucha, nos exige, nos suplica, nos intima, nos ataca? Acaso el carácter sagrado de ese instante se deba a que el hombre está entonces frente a la Divinidad, o por lo menos ante su propia e implacable conciencia.

¡Cuántas lágrimas hay detrás de las máscaras! ¡Cuánto más podría el hombre llegar al encuentro con el otro hombre si nos acercáramos los unos a los otros como necesitados

que somos, en lugar de figurarnos fuertes! Si dejáramos de mostrarnos autosuficientes y nos atreviéramos a reconocer la gran necesidad del otro que tenemos para seguir viviendo, como muertos de sed que somos en verdad, ¡cuánto mal podría ser evitado!

Viene a mi memoria aquel relato que hace Saint Exupéry de cuando tuvo que aterrizar forzosamente en el desierto, y él y su mecánico quedaron por tres días sin agua para beber. Hasta el rocío sobre el fuselaje del avión lamían al amanecer. Cuando el delirio ya había comenzado a poseerlos, un beduino sobre un camello, desde una duna lejana, fijó su mirada sobre ellos. El nómada avanzó sobre la arena, nos dice, como un dios sobre el mar.

El árabe nos ha mirado, simplemente. Nos ha empujado con las manos en nuestros hombros, y hemos obedecido. Nos hemos tendido. No hay aquí ni razas, ni lenguas, ni divisiones. Hay ese nómada pobre que ha posado sobre nuestros hombros manos de arcángel.

Después de hacer una descripción inolvidable del agua, dice:



En cuanto a ti que nos salvas, beduino de Libia, te borrarás, sin embargo, para siempre de mi memoria. No me acordaré nunca de tu rostro. Tú eres el Hombre y te me aparecerás con la cara de todos los hombres a la vez. Nunca fijaste la mirada para examinarnos, y nos has reconocido. Eres el hermano bien amado. Y, a mi vez, yo te reconoceré en todos los hombres.

Te me aparecerás bañado de nobleza y de benevolencia, gran Señor que tienes el poder de dar de beber. Todos mis amigos, todos mis enemigos en ti marchan hacia mí, y no tengo ya un solo enemigo en el mundo.

Los tiempos modernos fueron siglos señalados por el menosprecio a los esenciales atributos y valores del inconsciente. Los filósofos de la Ilustración sacaron la inconsciencia a patadas por la puerta. Y se les metió de vuelta por la ventana. Desde los griegos, por lo menos, se sabe que las diosas de la noche no se pueden menospreciar, y mucho menos excluirlas, porque entonces reaccionan vengándose en fatídicas formas.

Los seres humanos oscilan entre la santidad y el pecado, entre la carne y el espíritu, entre el bien y el mal. Y lo grave,

lo estúpido es que desde Sócrates se ha querido proscribir su lado oscuro. Esas potencias son invencibles. Y cuando se las ha querido destruir se han agazapado y finalmente se han rebelado con mayor violencia y perversidad.

Hay que reconocerlas, pero también luchar incansablemente por el bien. Las grandes religiones no sólo precorizan el bien, sino que ordenan hacerlo, lo que prueba la constante presencia del mal. La vida es un equilibrio tremendo entre el ángel y la bestia. No podemos hablar del hombre como si fuera un ángel, y no debemos hacerlo. Pero tampoco como si fuera una bestia, porque el hombre es capaz de las peores atrocidades, pero también capaz de los más grandes y puros heroísmos.

Me inclino con reverencia ante quienes se han dejado matar sin devolver el golpe. Yo he querido mostrar esta bondad suprema del hombre en personajes simples como Hortensia Paz o el sargento Sosa. Como ya lo he afirmado, el ser humano no podría sobrevivir sin héroes, santos y mártires porque el amor, como el verdadero acto creador, es siempre la victoria sobre el mal.

## *Cuarta carta*

# Los valores de la comunidad

Cada uno de nosotros es culpable  
ante todos, por todos y por todo.

F. DOÇSTOIEVSKI

Quiero hablarles de Buenos Aires. Aunque yo no vivo en ella y me resultaría insoportable, la reconozco como mi ciudad, por eso mismo es que la sufro. Ella representa, de alguna manera, lo que es la vida de estas urbes donde viven, o sobreviven, millones de habitantes. Pero antes les voy a repetir la situación del mundo, lo que todos sabemos, en la esperanza de que por la repetición, como la gota de agua, o el martillo contra la puerta cerrada, veamos un día que las cosas revirtieron. Acaso en verdad ya lo está haciendo: ya se filtra la luz entre las rendijas de la vieja civilización.

Asistimos a una quiebra total de la cultura occidental. El mundo cruje y amenaza con derrumbarse, ese mundo que para mayor ironía es el resultado de la voluntad del hombre, de su prometeico intento de dominación.

Guerras que unen la tradicional ferocidad a su inhumana mecanización, dictaduras totalitarias, enajenación del hombre, destrucción catastrófica de la naturaleza, neurosis colectiva e histeria generalizada, nos han abierto por fin los ojos para revelarnos la clase de monstruo que habíamos engendrado y criado orgullosamente.

Aquella ciencia que iba a dar solución a todos los problemas físicos y metafísicos del hombre contribuyó a facilitar la concentración de los estados gigantescos, a multiplicar la destrucción y la muerte con sus hongos atómicos y sus nubes apocalípticas.

A cada hora el poder del mundo se concentra y se globaliza. Veinte o treinta empresas, como un salvaje animal totalitario, lo tienen en sus garras. Continentes en la miseria junto a altos niveles tecnológicos, posibilidades de vida asombrosas a la par de millones de hombres desocupados, sin hogar, sin asistencia médica, sin educación. La masificación ha hecho estragos, ya es difícil encontrar originalidad en las personas y un idéntico proceso se cumple

en los pueblos, es la llamada globalización. ¡Qué horror! ¿Acaso no comprendemos que la pérdida de los rasgos nos va haciendo aptos para la clonación? La gente teme que por tomar decisiones que hagan más humana su vida, pierdan el trabajo, sean expulsados, pasen a pertenecer a esas multitudes que corren acongojadas en busca de un empleo que les impida caer en la miseria, que los salve. La total asimetría en el acceso a los bienes producidos socialmente está terminando con la clase media, y el sufrimiento de millones de seres humanos que viven en la miseria está permanentemente delante de los ojos de todos los hombres, por más esfuerzo que hagamos en cerrar los párpados. Pronto no podremos ya gozar de estudios o conciertos porque serán más apremiantes las preguntas que nos impondrá la vida respecto de nuestros valores supremos. Por la responsabilidad de ser hombres.

Esta crisis no es la crisis del sistema capitalista, como muchos imaginan: es la crisis de toda una concepción del mundo y de la vida basada en la idolatría de la técnica y en la explotación del hombre. Para la obtención del dinero, han sido válidos todos los medios. Esta búsqueda de la riqueza no ha sido llevada adelante para todos, como país, como comunidad; no se ha trabajado con un sentimiento

histórico y de fidelidad a la tierra. No, desgraciadamente esto parece la estampida que sigue a un terremoto donde en medio del caos cada uno saquea lo que puede. Es innegable que esta sociedad ha crecido llevando como meta la conquista, donde tener poder significó apropiarse y la explotación llegó a todas las regiones posibles de mundo. La economía reinante asegura que la superpoblación mundial no puede ser asimilada por la sociedad actual. Esta frase me da escalofríos: es suficiente para que los poderes maléficos justifiquen la guerra. Las guerras siempre han contado con el auspicio de grandes sectores de la población que, de alguna manera u otra, se beneficiaban de ella. Como centinela, todo hombre ha de permanecer en vela. Esto nunca ha de suceder. El “sálvese quien pueda” no sólo es inmoral, sino que tampoco alcanza.

Las creencias y el pensamiento, los recursos y las invenciones fueron puestos al servicio de la conquista. Colonialismos e imperios de todos los signos, a través de luchas sangrientas, pulverizaron tradiciones enteras y profanaron valores milenarios, cosificando primero la naturaleza y luego los deseos de los seres humanos.

Sin embargo, misteriosamente, es en el deseo donde se está generando un cambio. Lo siento en los hombres que

se me acercan en la calle y lo creo de las juventudes del mundo. Pero es en la mujer en quien se halla el deseo de proteger la vida, absolutamente.

La degradación de los tribunales y el descreimiento en la justicia provocan la sensación de que la democracia es un sistema incapaz de investigar y condenar a los culpables, como si resultara un caldo de cultivo favorable a la corrupción, cuando, en realidad, lo que ocurre es que en ningún otro sistema es posible denunciarla. No es que en otros no exista; hasta termina siendo más corrupta y degradante, si creemos en el conocido aforismo de Lord Acton: “El poder corrompe, pero el poder absoluto corrompe absolutamente”.

Debemos exigir que los gobiernos vuelquen todas sus energías para que el poder adquiera la forma de la solidaridad, que promueva y estimule los actos libres, poniéndose al servicio del bien común, que no se entiende como la suma de los egoísmos individuales, sino que es el supremo bien de una comunidad. Debemos hacer surgir, hasta con vehemencia, un modo de convivir y de pensar, que respete hasta las más hondas diferencias. Como bellamente define Zambrano, la democracia es la sociedad en la cual no sólo es posible sino exigido el ser persona. Frágil y falible, hoy en día ningún otro sistema ha probado otorgar al hombre más

justicia social y libertad que la precaria democracia en que vivimos. La democracia no sólo permite la diversidad sino que debiera estimularla y requerirla. Porque necesita de la presencia activa de los ciudadanos para existir, de lo contrario es masificadora y genera indiferencia y conformismo. De ahí la esclerosis de la que padecen muchas democracias. No se puede identificar, sin más, democracia con libertad. Muchos no sólo dejan de buscar la libertad, sino que hasta le temen. Si se compara la libertad de hoy con la que había hace unas pocas décadas, dolorosamente se comprueba que la libertad está en retroceso. Millones de hombres en el mundo, y también en nuestro riquísimo país, están condenados a trabajar durante diez o doce horas y vivir hacinados, miserablemente. Los siervos de la gleba no le están muy lejos. Este hecho hace que quienes podemos vivir en libertad seamos más responsables, porque como dijo Camus, “la libertad no está hecha de privilegios, sino que está hecha sobre todo de deberes”.

Como hombres libres en un campo de reclusos nuestra misión es trabajar por ellos, de todas las formas a nuestro alcance. “La verdadera libertad no vendrá de la toma del poder por parte de algunos, sino del poder que todos ten-



drán algún día de oponerse a los abusos de la autoridad. La libertad personal llegará inculcando a las multitudes la convicción de que tienen la posibilidad de controlar el ejercicio de la autoridad y hacerse respetar”, afirmó Gandhi, ese hombre que luchó hasta la muerte por la libertad de su milenario país. Gandhi era un convencido de que al hombre no se le otorgaría la libertad exterior hasta tanto no hubiera sabido desarrollar la libertad interior.

Ésta es una gran tarea para quienes trabajan en la radio, en la televisión o escriben en los diarios; una verdadera gesta que puede llevarse a cabo si es auténtico el dolor que sentimos por el sufrimiento de los demás.

Muy a menudo compruebo que todo es opinable, y alguien que comenzó antes de ayer puede hablar tanto como otro cuya trayectoria está largamente probada en la vida del país. Y su opinión llega a ser clasificatoria, y no tiene siquiera que demostrarse. La llamada opinión pública es la suma de lo que se le ocurre a quienes, en esos minutos, pasan ocasionalmente por la esquina elegida, y conforman el mínimo universo de una encuesta que, sin embargo, saldrá a grandes titulares en los diarios y los programas de televisión. Las preguntas que suelen hacerse son de una

torpeza que pondrían frenético a Sócrates, que las colocó en el lugar de quien ayuda a dar a luz. Todo pasa y todas las perspectivas son válidas. Lo mismo Chicho que Napoleón, Cristo que el Rey de Bastos. No se piensa en futuro, todo es de coyuntura.

Otra consecuencia de este estado de cosas es la sobrevaloración de la diversión. Los programas “divertidos” tienen mucho raiting —y el raiting es lo supremo— no importa a costa de qué valor, ni quién lo financia. Son esos programas donde divertirse es degradar, o donde todo se banaliza. Como si habiendo perdido la capacidad para la grandeza, nos conformáramos con una comedia de regular calidad. Esta desesperación por divertirse tiene sabor a decadencia.

Quienes así actúan reflejan una posición verdaderamente escéptica donde no cabe enfurecerse, ya que se descrece de toda conquista que pueda mejorar la vida. Si algo es apocalíptico es este vivir como si mañana no hubiera mundo y sólo nos restara disimular la tragedia.

Nuestra civilización ha tomado un tipo de bienestar como el “deber ser” de la vida, fuera del cual no hay salvación. Este objetivo es logrado por el miedo, y por la incapacidad que tienen hoy los hombres de vivir los momentos duros,

las situaciones límite, los obstáculos. En especial, se tiene horror al fracaso. Se oculta cualquier avería en el bienestar, pues enseguida se teme la exclusión, quedar eliminado de la existencia como un equipo de fútbol lo estaría en un campeonato. Tal es la dificultad que tiene el hombre actual de superar las tormentas de la vida, de recrear la existencia después de las caídas.

Salían por centenares del subterráneo, tropezaban, bajaban de los colectivos atestados, entraban en el infierno de Retiro, donde volvían a encimarse en los trenes. Año nuevo, milenio nuevo, pensaba el muchacho con piadosa ironía, viendo a esos desesperados en busca de una esperanza propiciada con pan dulce y sidra, con sirenas y gritos.

Ayer recibí la carta de un muchacho en la que me dice “tengo miedo del mundo”. Dentro del mismo sobre me envía una fotografía en la que pude advertir algo, en su manera de mirar, en sus espaldas agobiadas, que revelaba una enorme desproporción entre sus recursos y la espantosa realidad que lo estremece. Siempre hubo ricos y pobres, salones de baile y mazmorras, muertos de hambre y fastuosos banquetes. Pero en este siglo ha cundido de tal

manera el nihilismo que se hace imposible la transmisión de valores a las nuevas generaciones.

Aunque, quizá, sean los chicos los que nos vayan a salvar. Porque, ¿cómo vamos a poder criarlos hablándoles de los grandes valores, de aquellos que justifican la vida, cuando delante de ellos comprueban que se hundan millares de hombres y mujeres, sin remedios ni techos donde protegerse? O ven cómo poblaciones enteras son arrasadas por inundaciones que pudieron evitarse.

¿Creen que es posible seguir mirando por televisión el horror que padece la pobre gente a la par que la frivolidad ostentosa y corrupta, entremezclada como en el peor de los cambalaches? ¿Y así tener hijos que sean hombres de verdad? La falta de gestos humanos genera una violencia a la que no podremos combatir con armas, únicamente un sentido más fraterno entre los hombres la podrá sanar. Miles de hombres se desviven trabajando, cuando pueden, acumulando amarguras y desilusiones, logrando apenas sostenerse un día más en la precaria situación mientras casi no hay individuo que tras su paso por el poder no haya cambiado, en apenas meses, un modesto departamento por una lujosa mansión con entrada para fabulosos autos. ¿Cómo no les llega la vergüenza?

Si nos cruzamos de brazos seremos cómplices de un sistema que ha legitimado la muerte silenciosa. Los hombres necesitan que nuestra voz se sume a sus reclamos. Detesto la resignación que pregonan los conformistas ya que no es suyo el sacrificio, ni el de su familia. Con pavor he pensado en la posibilidad de que, como esas virulentas enfermedades de los siglos pasados, la impunidad y la corrupción lleguen a instalarse en la sociedad como parte de una realidad a la que nos debemos acostumbrar. ¿Cómo hemos llegado a esta degeneración de los valores en la vida social? Cuando fuimos niños aprendimos el comportamiento viendo a los hombres que simplemente cumplían con el deber —una expresión hoy en desuso— esperando recibir una recompensa digna por su trabajo, pero que nunca hubieran aceptado ningún soborno. Eran personas con dignidad: no se hubieran metido en el bolsillo lo que no les correspondiera, ni hubieran aceptado sobornos ni bajezas semejantes.

Recuerdo que mi padre perdió su molino harinero por un crédito al que se había comprometido de palabra. Desde luego, para él significó un inmenso dolor. Pero hubiera sido indigno de un verdadero hombre evadir su responsabilidad, ese sentimiento del honor le daba fuerzas y vivía

en paz. ¡Qué decir de lo que fueron alguna vez los sindicatos! Casi con candor recuerdo la anécdota de aquel hombre que se desvaneció en la calle y, cuando fue reanimado, quienes lo socorrieron le preguntaron cómo no se había comprado algo de comer con el dinero que llevaba en su bolsillo, a lo que aquel ser humano maravilloso respondió que ese dinero era del sindicato. No es que en ese entonces no hubiera corrupción, pero existía un sentido del honor que la gente era *capaz* de defender con su propia conducta. Y robar las arcas de la Nación, las que deben atender al bien común, era de lo peor. Y lo sigue siendo. Quienes se quedan con los sueldos de los maestros, quienes roban a las mutuales o se ponen en el bolsillo el dinero de las licitaciones no pueden ser saludados. No debemos ser asesores de la corrupción. No se puede llevar a la televisión a sujetos que han contribuido a la miseria de sus semejantes y tratarlos como señores delante de los niños. ¡Ésta es la gran obscenidad! ¿Cómo vamos a poder educar si en esta confusión ya no se sabe si la gente es conocida por héroe o por criminal? Dirán que exagero, pero ¿acaso no es un crimen que a millones de personas en la pobreza se les quite lo poco que les corresponde? ¿Cuántos escándalos hemos presenciado, y todo sigue igual, y nadie —

con dinero— va preso? La gente sabe que se miente pero parece una ola de tal magnitud que no se la puede impedir. Esto hace sentir impotente a la gente y finalmente produce violencia, ¿hasta dónde vamos a llegar?

Tampoco podemos vivir comunitariamente cuando todos los vínculos se basan en la competencia. Es indudable que genera, en algunas personas, un mayor rendimiento basado en el deseo de triunfar sobre las demás. Pero no debemos equivocarnos, la competencia es una guerra no armada y, al igual que aquella, tiene como base un individualismo que nos separa de los demás, contra quienes combatimos. Si tuviéramos un sentido más comunitario muy otra sería nuestra historia, y también el sentido de la vida del que gozaríamos.

Cuando critico la competencia no lo hago sólo por un principio ético sino también por el gozo inmenso que entraña compartir el destino, y que nos salvará de quedar esterilizados por la carrera hacia el éxito individual en que está acabando la vida del hombre.

Semanas después, otra tarde, cuando me senté a contestar la carta del muchacho, advertí que yo de joven escribía cada vez que era infeliz, que me sentía solo o desajustado con el mundo en que me había tocado nacer. Y pienso

si no será siempre así, que el arte nazca invariablemente de nuestro desajuste, de nuestra ansiedad y nuestro descontento. Una especie de intento de reconciliación con el universo de esa raza de frágiles, inquietas y anhelantes criaturas que son los seres humanos. Los animales no lo necesitan: les basta vivir. Porque su existencia se desliza armoniosamente con las necesidades atávicas. Y al pájaro le basta con algunas semillitas o gusanos, un árbol donde construir su nido, grandes espacios para volar; y su vida transcurre desde su nacimiento hasta su muerte en un venturoso ritmo que no es desgarrado jamás ni por la desesperación metafísica ni por la locura. Mientras que el hombre al levantarse sobre las dos patas traseras y al convertir en un hacha la primera piedra filosa, instituyó las bases de su grandeza pero también los orígenes de su angustia; porque con sus manos y con los instrumentos hechos con sus manos iba a erigir esa construcción tan potente y extraña que se llama cultura e iba a iniciar así su gran desgarramiento: habrá dejado de ser un simple animal pero no habrá llegado a ser el dios que su espíritu le sugiera. Será ese ser dual y desgraciado que se mueve y vive entre la tierra de los animales y el cielo de sus dioses,



que habrá perdido el paraíso terrenal de su inocencia y no habrá ganado el paraíso de su redención.

Cuántas veces les he aconsejado a quienes acuden a mí, en su angustia y en su desaliento, que se vuelquen al arte y se dejen tomar por las fuerzas invisibles que operan en nosotros. Todo niño es un artista que canta, baila, pinta, cuenta historias y construye castillos. Los grandes artistas son personas extrañas que han logrado preservar en el fondo de su alma esa candidez sagrada de la niñez y de los hombres que llamamos primitivos, y por eso provocan la risa de los estúpidos. En diferentes grados, la capacidad creativa pertenece a todo hombre, no necesariamente como una actividad superior o exclusiva. ¡Cuánto nos pueden enseñar los pueblos antiguos donde todos, más allá de las desdichas o de los infortunios, se reunían para bailar y cantar! El arte es un don que repara el alma de los fracasos y sinsabores. Nos alienta a cumplir la utopía a la que fuimos destinados.

El arte de cada tiempo trasunta una visión del mundo, la visión del mundo que tienen los hombres de esa época y en particular el concepto de la realidad. En este nuevo milenio debajo del gran supermercado del arte, como los brotes que germinan después de un largo invierno, se per-

ciben, acá y allá, los testimonios de otra manera de mirar. Notablemente en el cine, en películas de muy bajo presupuesto que nos llegan de pequeños países, no contaminados por la globalización, se expresa el deseo de un mundo humano que se ha perdido, pero al que no se ha renunciado. Son películas que nos traen un alivio al ver que la vida simple, humana, aún está viva. El hombre no sólo está hecho de muerte sino también de ansias de vida; tampoco únicamente de soledad sino también de comunión y amor.

Contemplaba con mirada de pequeño dios impotente el conglomerado turbio y gigantesco, tierno y brutal, aborrecible y querido, que como un temible leviatán se recortaba contra los nubarrones del oeste.

El sol se ponía y a cada segundo cambiaba el colorido de las nubes en el poniente. Grandes desgarrones gris-violáceos se destacaban sobre un fondo de nubes más lejanas: grises, lilas, negruzcas. Lástima ese rosado, pensó, como si estuviera en una exposición de pintura. Pero luego el rosado se fue corriendo más y más, abaratando todo. Hasta que empezó a apagarse y, pasando por el cárdeno y el violáceo, llegó al gris y finalmente al

negro que anuncia la muerte, que siempre es solemne y acaba siempre por conferir dignidad.

Y el sol desapareció.

Y un día más terminó en Buenos Aires: algo irrecuperable para siempre, algo que inexorablemente lo acercaba un paso más a su propia muerte. ¡Y tan rápido, al fin, tan rápido! Antes los años corrían con mayor lentitud y todo parecía posible, en un tiempo que se extendía ante él como un camino abierto hacia el horizonte. Pero ahora los años corrían con creciente rapidez hacia el ocaso, y a cada instante se sorprendía diciendo: “hace veinte años, cuando lo vi por última vez”, o alguna otra cosa tan trivial pero tan trágica como ésa; y pensando enseguida, como ante un abismo, qué poco, qué miserablemente poco resta de aquella marcha hacia la nada. Y entonces ¿para qué?

Y cuando llegaba a ese punto y cuando parecía que ya nada tenía sentido, se tropezaba acaso con uno de esos peritos callejeros, hambriento y ansioso de cariño, con

su pequeño destino (tan pequeño como su cuerpo y su pequeño corazón que valientemente resistirá hasta el final, defendiendo aquella vida chiquita y humilde como desde una fortaleza diminuta), y entonces, recogéndolo, *llevándolo hasta una cucha improvisada donde al menos no pasase frío, dándole algo de comer, conviniéndose en sentido de la existencia de aquel pobre bicho, algo más enigmático pero más poderoso que la filosofía parecía volverle a dar sentido a su propia existencia. Como dos desamparados en medio de la soledad que se acuestan juntos para darse mutuamente calor.*







La preparación editorial del primer número  
de la colección *estéticas* estuvo  
a cargo de la Coordinación Editorial de la Universidad Central.

Se utilizaron en su composición fuentes ITC Goudy Sans Std  
y Helvetica Neue LT Std. La impresión tuvo lugar en los talleres gráficos  
de Nuevas Ediciones S.A.S., en diciembre de 2017,  
en la ciudad de Bogotá, D. C., Colombia.